

J. Juan Martínez
Papeles Católicos de
Ciudad

HOJA POPULAR

Núm. 133. Redacción y Administración: Padre Luque, 3 (Res. de P. P. Jesuitas) 1 Junio 1952

Año VII Editada por la Asociación de «La Buena Prensa»

La modestia afectada es aún
más insoportable que la vanidad.

Bignicourt

El mal tiene alas, el bien cami-
na paso a paso.

V

Cuando uno no halla tranquili-
dad en sí mismo, es inútil que la
busque en otra parte.

Madame Guibert

La primera circunstancia para
ser amado, es amar.

De Lespinasse

el Corazón Sacratísimo de Jesús Manantial de Paz y de Amor

Como jardín florido, cuyos perfumes se rinden a la mejor de todas las madres, la Virgen Inmaculada, transcurre el mes de mayo, en un no acabado rosario de devociones y afectos con que el pueblo cristiano distingue y ama a la Santa Madre de Dios, y, también, por mandato divino, de la universalidad de los hombres. Es el mes de que podríamos designar como el mes de la Madre por excelencia. La naturaleza entera vístese de color y alegría, ufano de ofrecer sus primicias a la que es «verdadera primitiva» en el pan divino de la creación, y en el corazón de los hombres brota un rayo de sol y un resplandor de esperanza, que se multiplican y engrandecen al reflejarse en el manto inmaculado de la Virgen Santa. Más que nunca resuena un clamor poderoso, que a todos dice con acentos de especial misericordia: que si es grande la malicia del pecado humano, más grande y más poderosa es todavía la influencia de una lágrima o de un suspiro de la Virgen, dejados caer amorosamente en el platillo de la Divina Justicia de su Hijo. Y es grato al hombre, esencialmente pecador después del pecado original, saber que su flaqueza halla vigor en la fortaleza invencible de una Madre Santa y su debilidad, remedio en la protección amorosa de una Virgen sin mancha, y, en último término, su pecado perdón y arrepentimiento y enmienda, merced a la medianera intervención de la dispensadora de todas las gracias, dada por Dios como especial abogada refugio y puerto de todos los pecadores. Así, a la primavera del alma que, gracias a ese mes de mayo y de María, alienta más confianza en el divino perdón y espera con mayor seguridad en el galardón de una futura vida imperecedera.

Luego, preparado ya el camino, fortalecido el corazón, extasiado el alma

y llena de filiales amores, aparece, viene, como el sol en su cénit, a modo de cúspide de todas las devociones humanas, radiante de luz y en explosión e incendio y amor, el mes de Junio, consagrado de pleno al Divino Corazón de Jesús. Después de haber aprendido a amar a la Madre podemos más fácilmente llegar al Sacratísimo Corazón del Hijo, seguros de que nada nos fallará de lo que por Ella hubiera sido bendecido. Hace ya

veinte siglos que en Cana de Galilea, Jesús convirtiera el agua en vino exquisito a la simple indicación de su Madre. Y El que obró tan estupendo milagro bien puede trocar la corrupción y envilecimiento de la carne en flor de virtud y llama de santidad, si también a su Madre recurrimos, y esta Madre ruega por nosotros. ¿Por qué razón no habría de ser así, si El mismo ya lo predicó a la gente extrañada en el caso del parálítico de Cafarnaún?

¿Qué es más fácil, decir al parálítico: Perdonados te son tus pecados, o decirle: Levátate, toma tu camilla y anda? Y quien pudo hacer andar al parálítico y perdonar pecados ¿no podrá poner un aliento de caridad, que

Despedida

Con un adiós lento se desflora Mayo:
se aleja el eco febril de la tarde
se alejan sus pasos...

Hay mensajes nuevos en la tibia brisa
rizada de pájaros.
Y en las oraciones transparentes, limpias,
hay perfumes blancos.

Azucenas, celindos, jazmines,
en loco derroche las han inundado.
El árbol del alma vestido de fiesta
tiende en un anhelo sus abiertos brazos.

Como si quisiera retener el tiempo,
hacer el mes suyo, casi eternizarlo.

...Y en la lontananza sin fin del paisaje
se va hundiendo Mayo
Sus últimos soplos nos van envolviendo
como en un suspiro, como en un abrazo...

¡Ay la despedida que duele en el alma!
¡Ay el adiós triste, perdido, lejano!

Pero está la Virgen de las azucenas
que con ojos bajos,
nos busca y nos llama, porque Ella aún es nuestra
nos sigue esperando...

¿Qué importan los meses que pasan y mueren?
Vive a nuestro lado
esta primavera que nunca se agota
que no muere en fuegos de ardiente verano.

Y cuando los pasos del mes de las flores
han agonizado,
Ella, la radiante primavera eterna
sobre nuestras almas sigue derramando,
su luz, su pureza, su amor, su mirada...
como lluvia fina de pétalos blancos...

(Una hija de María)

Mayo 1.952

HEMEROTECA PROVINCIAL

S. M. MORENO PARRIDO

ALMERIA

MARIOLA

es quintaesencia de toda virtud, en el fondo de los corazones cristianos?

Más, nunca como ahora, el mes de Junio (que es mes de humanos y divinos amores) adivino en medio de un mar de odios y desencadenadas pasiones. Nunca, como ahora, la humanidad enloquecida puso entre sus hijos un abismo de rencorosa separación, con olvido de los lazos de la caridad que predica la hermandad natural de todos los hombres y que nacen del Corazón Divino, su único cobijo, su única fuente y su única vida. Los hombres no se sienten hermanos porque antes perdieron la noción de que uno solo es su Padre, como uno solo es su Creador. Y donde no hay pertenencia común no existe ni puede existir verdadera hermandad, aunque cábalas, suposiciones y teorías, mientras, más que digan, otra cosa, para engaño y pueril consuelo de la humanidad. Porque, pese a las teorías, el azote de la guerra castiga al mundo de hoy, COMO IRREMISIBLEMENTE AZOTARA MAÑANA, si el polo de atracción de los hombres no es un centro inflamado de amor, y centro inflamado de amor no existe otro que el Corazón de Cristo.

Aparte este camino, no queda otro para la salvación de los hombres. Todavía —y mientras duren los siglos— la sangre de Cristo es bebida única para apagar la sed de todos los odios y de todas las concupiscencias. Todavía —y mientras duren los siglos— la unidad en el amor no puede brotar más de los latidos de un solo Corazón, que sea impulso y motor de todos los humanos corazones, del Sagrado Corazón de Jesús, manantial único de la sangre que vivifica y debe vivificar a todos los cristianos.

Pero podría ser que la humanidad no quisiera salvarse. No lo queremos creer. Para nosotros subsistiría, con todo, una imperiosa obligación y ley de vida. La humanidad puede hundirse; más nuestro yo, nuestro ser individual, tiene el deber, y la necesidad de salvarse. Y decir salvación, lo mismo colectiva que individual, es decir confesión de fe, ofrecimiento de amor entrega confiada al Divino y Sacratísimo Corazón de Jesucristo, porque, según El mismo lo dijo, «cualquiera que me confesare delante de los hombres también el Hijo del hombre le confesará o reconocerá por suyo delante de los ángeles de Dios.»

¡Mes de Junio! ¡Mes del Sagrado Corazón de Jesús! ¡Que la sangre de amor del Corazón de Jesucristo ponga un aliento de paz en la sangre derramada por el odio del corazón de los hombres!

JOSE VIVES

Mariola es una muchacha independiente. Vive en un pisito muy simpático, edificado sobre la azotea de un edificio elevadísimo. Una casita llena de luz y de sol. Su dueña, amiga de lo práctico, lo ha dotado del confort moderno, necesario para hacer agradable la estancia en ella. Y disfrutaba, cuando dispone de tiempo y puede hundirse en muelle butaca para enfrascarse en la lectura de libretos de mucho «peso». Es una de sus distracciones favoritas.

¿Que por qué habita en este pintoresco nido? Porque le gusta estar más cerca del cielo que de la tierra.

¿Que de qué vive? De su sueldo de oficinista. No creas, aunque llegue a tus oídos alguna historia equívoca, que Mariola es una muchacha caprichosa... ¡Nada de eso!

No. No tiene amigos...

Yo la conocí una tarde que el cielo se había puesto su capa de capucha gris. Hacía un frío intensísimo.

En los carteles anunciadores orlados de púrpuras, pendientes en la fachada del primer teatro de Barcelona, campeaba el título de la ópera de Puccini «Madame Butterfly».

Aquella tarde había sido invitada a la ópera por unos amigos que gustan del ambiente exótico de la obra y de las melodías profundamente dramáticas que abundan en la partitura.

Al cruzar la Rambla a la acera del teatro un niño escualdo, lívida la tez, al aire la bandera de su carne semidesnuda, nos pidió limosna extendiendo su manecita a la vez que balbuceaba una salmodia que se quebraba entre el castañeteo de sus dientes.

Dolidos, le dimos unas monedas.

Era pronto para entrar en el teatro, y decidimos charlar un rato en el café. ¡Es tan sabroso, tan especial conversar un rato en un café! Parece que lo que se debate entre sorbo y sorbo del tostado líquido tenga singular enjundia, aunque la conversación sea de la intrascendencia del humo de un cigarrillo. Allí, al tomar asiento en derredor de una mesa situada junto a una vidriera que daba a la Rambla, inesperadamente, el espectáculo del niño mendigante volvió a herirnos. Entristecida contemplé más detenidamente al pequeño; era frágil, fino como un nardo. Iba descalzo. El cabello rubio casi le cubría las cejas. Los ojos, azules, grandes y hundidos le brillaban febriles. Iba y venía entremetiéndose entre los transeúntes, elevando el rostro, tendiendo la manecita descarnada y azulosa.

En la calle se intensifica el tráfico. Se acerca la hora de levantarse el telón del gran teatro.

He perdido de vista al pequeño

Ya nos disponemos levantarnos, cuando de pronto se abrió la puerta del café y penetro en el recinto una muchacha gentilísima, llevando de la mano al niño a quien nosotros sólo habíamos dado unas monedas. La muchacha tendió la vista por el salón.

Y deslizándose, sin dejar al pequeño de la mano, ganó una mesa inmediata a la nuestra. Se acomodaron en medio de la expectación general. Y el camarero les sirvió un café y un café con leche con bizcochos.

Temblaba aún el niño. Los ojos azules, febriles, hundidos, miraban extáticos a la muchacha. No se atrevía a tocar la merienda. Ella, sonriente, tomó la copa con su mano fina y la llevó a los labios del pequeño.

Comprendí que una pasión infinita palpataba en aquella sonrisa que contenía el impulso amorosísimo de estrechar al desvalido contra su corazón.

Nos levantamos. Ya de pie, movida por un súbito afecto hacia aquellos dos seres, me aventuré a hablar y dije por el pequeño:

—¡Ya no tiene frío!

La muchacha levantó hasta los míos sus ojos arrasados en lágrimas que hace verter el júbilo que produce en nosotros la realización de los anhelos buenos y nobles. Lágrimas que al fundirse con la dulce sonrisa de aquel rostro tan expresivo, me conmovieron. Y mirándome con simpatía, exclamó anhelante:

—¡Si pudiéramos conseguir que nunca más tuviera frío!

Le di mi tarjeta a esa extraordinaria mujer.

Y así fué como conocí a Mariola una tarde que en el escenario de la ópera se repetía una vez más el drama de Butterfly.

Desde ese día la muchacha ya no vive sola. Como estaba tan cerca del cielo, Dios le ha confiado un ángel.

F I N

M.^a LUISA BRU

La Gran Fiesta

El mundo que se llama cristiano y que gime bajo el azote de su irracional egoísmo, se prepara a celebrar la gran fiesta de la unión entre los hombres y su Dios, la apoteosis de la caridad en su sentido más completo. Jesucristo, Vida, se ofrece a Sí mismo para infundir en nosotros el aliento vital que ha de atraernos por encima de esa lenta agonía biológica que supone la vida material. Viene en forma de Pan a saturarnos de Su Gracia; viene asimismo a establecer un contacto personal con sus discípulos en misión entrañable de amor y magisterio; acude a recordar Su sacrificio, invitándonos al uso del inmenso regalo de Su Sangre; y por último, vincula nuestras almas en nexo fraternal y trascendente, realizando de un modo perfecto ese ideal de unión en cuyo intento desmayado, fracasamos tantas veces los humanos.

Ahora que el orbe, desquiciado por el virus de su profundo individualismo que disocia a los hombres y a las naciones, pretende sacar fuerzas de flaqueza en esporádicos intentos de concordia, nosotros humildemente brindamos esta única solución, tantas veces propuesta por la Iglesia: la Comunión de los Santos, buscando en la incorporación con Cristo la más íntima fusión entre los hombres.

El Corpus Christi va a ser celebrado, quizá con esplendor, en todas las colectividades que profesan nuestra Fe. ¿Será posible que no aprecien individuos y entidades esta virtud profunda e inmanente de la Eucaristía como unificadora de pensamientos corazones y voluntades?—P.

CHARLAS INTERESANTES

—Te he llamado, Pacorro, para decirte que la semana que viene pienso comenzar de nuevo nuestras charlas.

—Pues mucho que malegro, D. Nemesio; pues no se puede V. imaginar lo que me preguntan los compañeros.

—Bien. Pues ya puedes hacer propaganda para que venga buen número.

—Yo creo que si vendrán, pues en esa nueva fábrica de electricidad hay muchos obreros que también quieren venir además de los nuestros. Y también me han dicho bastantes de esos señores empleados que desearían asistir si no hay inconveniente.

—Si vienen con buena intención, o sea, con el deseo de aprender algo,

no hay inconveniente alguno. Pero si vienen en plan de guasa...

—Yo creo que no; pero si fuera así, de la primera bofetá que les dé caen panza arriba.

—Hombre, por Dios. No es menester tanto, con ponerlos en la puerta de la calle; es bastante.

—Vamos a ver Pacorro, tu que estas siempre entre obreros, podrás decirme de qué cosas será más conveniente que les hable para que más les puedan aprovechar.

—Pues mire usted, de lo que mas necesita que les hablen es de cosas de religión. Pues de eso no saben nada; están a oscuras del too. Ya ve Ud. yo no se casi naa y dicen que soy un sabio.

—Pero, ellos creen en Dios?

—Como creer en Dios, si creen, pero en Dios a su manera: que no se mete en naa de lo que pasa por aquí abajo.

—¿Y en la otra vida?

—En eso naa. Pa ellos no hay mas vida que esta vida. Comer y beber bien, divertirse mucho y trabajar todo lo menos que se pueda: ahí está pa ellos toa la gloria.

—Buen programa me das para las conferencias. ¿Pero te crees tú que les gustará que les hable de esos asuntos? No vayamos a que nos quedemos solos.

—No señor: ellos mismos me han dicho que le diga hasta que les hable de cosas de Dios.

—Muy bien. Pues ya sabes; en la placeta de la huerta, a las siete de la tarde.

Sobran chicos y faltan novios

María.—No entiendo la oposición de mis padres.

Cecilia.—Por la norma sabía de cada oveja con su pareja.

M.—¿Sabía, dices?

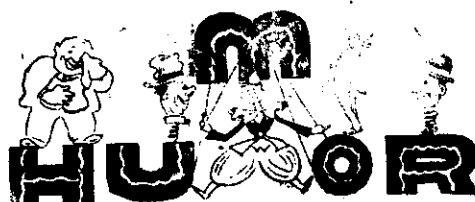
C.—Sí; un rey no puede casarse con una aldeana.

M.—Pero un aristócrata puede casarse con quien no es, y un rico con quien no lo es.

C.—Te diré: la regla general conveniente es que sean de la misma condición; que si él es noble, ella lo sea también; que si él es rico, ella lo sea también; que si él es de familia distinguida por su educación, ella lo sea también.

M.—No veo por qué.

C.—Una joven puede ser al mismo tiempo hermosa y zafia. Un joven bien educado sería infelicitísimo con ella; como suelen serlo los amos que



La ley para todos

Un baturro iba fumando tan frescamente en un tranvía.

—Pero, ¿no sabe usted que aquí no está permitido fumar? —Le dice el cobrador.— ¿No ve usted lo que dice este letrado?

Miró el baturro, lo leyó y se enteró también de otro que al lado había, y preguntó serenamente al cobrador:

—¿Y usted se ha purgao esta mañana? Pues lea: «Púrguese con agua de carabaña». Aquí, o se cumplen todos los letreros, o no se cumple denguno.

En la prevención

—Elija usted entre dos días de cárcel o treinta pesetas.

El acusado, alargando la mano:

—Elijo las treinta pesetas.

En un café

El camarero.—¿Qué toma el señor?

El señor.—Yo, tomo el fresco.

se casan con sus criadas; que luego viven avergonzados toda la vida.

M.—Pero una joven rica no se ve por qué se ha de unir forzosamente a un hombre rico.

C.—No digo yo eso; con tal de que él sea de prendas capaz de sostener decorosamente su puesto y que no la haga descender a ella demasadamente en la condición de su vida.

M.—El amor lo suple todo.

C.—Si ella con su virtud e inteligencia puede llevar bien su nueva categoría, él será preferible a un rico y aristócrata casquivano; pero si sólo es guapo, simpático y con poca educación, entonces es un desatino el matrimonio, por la única razón de que se quieren. En ese caso, suelen ser desgraciados, la vida es un tormento y el amor es una discordia perpetua.

M.—Pues yo conozco matrimonios así felices.

C.—Pues yo conozco muchísimos infelicitísimos, porque ellas se dejaron alucinar cándidamente, cuando por su condición social hubieran podido ser dichosas.

Angel Ayala, S. J.

El ardido de Miguelín

En la casa de los ratoncitos había gran pena. La mamita de ellos estaba enferma.

¡Era una ratita tan hacendosa y tan limpia! Desde que ella cayó en cama, todo era desolación, abandono y tristeza, porque papá, que era un ratón muy holgazán, no hacía sino columplarse en su mecedora sin preocuparse poco ni mucho de la casa, de sus hijitos y, lo que es peor, de su pobre mujercita enferma.

Tan sólo «Miguelín», el menor de siete lindos ratoncitos, demostraba allí tener algo de seso. El pobrecito se sentía totalmente abatido por la desgracia que acaeciera a su buena madre. Solía llegarse muy quieto al lado de la paciente, y decía:

—¡Oh, mamita, qué mala cara tienes! ¡Estás enferma? Dime lo que te aqueja.

—¡Eso es lo que quisiera saber Miguelín!— respondió la ratita—. Pero me temo que voy a morir.

—¡Dios no lo quiera, mamá!

Y ante la idea de que su buena madre se fuera para siempre y les dejara huérfanitos en compañía de aquella alhaja de padre, Miguelín se estremeció de pies a cabeza.

—¿Puedo hacer algo por ayudarte, mamita?

—Sí, hijo mío; vete corriendo a buscar al doctor.

Miguelín, después de enjugarse una lágrima, se apresuró a obedecer a su mamá y trajo al doctor a casa. Una vez que éste hubo revisado a la señora ratita, le dijo:

Se trata de un resfriado muy peligroso, y existe un sólo remedio capaz de curarlo.

—¿Cuál es ese remedio?— preguntó ansiosa la ratita.

—Pues el remedio— contestó el doctor— no es precisamente cosa fácil; se trata nada menos que de un pelo recién cortado del bigote de un gato viudo; se lo tiene que aplicar sobre el pecho, por la noche, después de mojarlo en un poco de vino.

De veras que parecía difícil conseguir el tal medicamento pero Miguelín quería mucho a su mamá y afirmó que él lo conseguiría de alguna forma. ¡Un pelo de gato! La cosa era aguda, pero no imposible para él, que no tenía un solo pelo de tonto. Se acordó de «Sisebuto» un gato enorme que vivía en la taberna de al lado, y decidió apoderarse, a base de astucia, ya que no de fuerza, de uno de los pelos de su hermoso bigote, y, si preciso fuera, del bigote mismo.

Su mamá le pidió que no se arriesgara, porque el tal «Sisebuto» era el peor enemigo que había conocido la familia ratonil desde el tiempo de los abuelos. Pero el bueno de Miguelín contestó que él no consentiría por nada del mundo que su madre del alma muriera.

—Hijo mío— decía la buena y cariñosa ratita—, yo agradezco en el alma tus buenos sentimientos; pero es preferible que yo me

vaya, que soy ya vieja e inútil, a que un ratoncito tan bueno y listo como tú...

Pero Miguelín, sin aguardar a que su madre terminara razonamientos, saltó corriendo a poner en práctica su propósito.

Asomó su gracioso hocico por el agujero que había en la cocina de la taberna, cerca de la carbonera, y desde allí espío. Sí; allí, cerca estaba Sisebuto, el enorme gato persa, con el hocico a menos de veinte centímetros de distancia. ¡Qué ocasión aquella!

Miguelín, sin arriesgarse mucho, le dijo:

—Por favor, señor Sisebuto, ¿quiere tener la bondad de acercarse un poquito? Tengo algo muy importante que decirle.

—¿De qué se trata, amiguito?— le preguntó el gato, apretando las uñas. ¿No es algún ardido de los tuyos? Te prevengo de que hoy tengo el humor de perros; anda con muchísimo cuidado y despacha lo que sea cuanto antes.

—No se enfade, señor Sisebuto. ¡Le enseñaré la mejor manera de atrapar ratones!— declaró Miguelín—. Sólo que quisiera decirselo al oído para que nadie más que usted me oiga. Acerque su oreja al agujero.

El gato, que era un goloso tragón, así lo hizo, y enronces dos o tres pelos de su lustroso bigote se introdujeron por la estrecha abertura. En un segundo, Miguelín se apoderó firmemente de uno de ellos y luego, acercando su hocico a la oreja del gato, le dijo:

—Si quiere vuecencia cazar ratones con mucha facilidad, ¡póngales sal en la cola!

Sisebuto dio un brinco al ver que se burlaban de él, y al mismo tiempo dejó el pelo en la mano de Miguelín. Enfurecido, echó la garrá por el boquete, pero el listísimo ratoncillo corría ya lejos, llevando el pelo en la mano, como un trofeo victorioso.

Al poco rato volvía Miguelín a la bodega con un potecito en la mano para llenarlo de vino en una tinaja. Aquel vino era para mojar el pelo, conforme había dicho el doctor y luego... luego... pues no dejaría de echar un traguito a la salud de Sisebuto, si señor.

De esta sencilla manera fué como la mamá de Miguelín pudo tener su remedio aquella misma noche, y al otro día se levantó completamente curada.

Miguelín cumplió, pues como un buen hijo. En cuanto a Sisebuto, el terrible gato persa, aseguran que se llevó un susto tan mayúsculo que desapareció de aquellos lugares para siempre, dejando que los ratoncillos vivieran felices y tranquilos por el resto de sus días.

FIN

Humus.—



DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Caminaba un Capuchino en un pollino, y un chulo

díjole con disimulo:

—Eso es un crimen, hermano, pues el santo Fundador, hombre de virtud y fe, diz que anduvo siempre a pie con viento, frío o calor.

—Así sería en buena hora, dijo aquel con ironía, pero es que entonces había menos «borricos» que ahora.

LA ORACION

—¡Madre! me han dicho los sabios que no hay cosa más veloz que la luz, que en un momento recorre sin dilación

miles de leguas. ¡Ay, madre!

¡Quién fuera rayo de sol!

—¡Hijo mío!, dí a esos necios que aún corre más la oración; que antes que asome a los labios, ya la está escuchando Dios.

VARIEDADES

¿Cuándo se empezó a usar el coche en España?

En el año 1540 aún no se conocía ninguno, pues el duque de Medinasionia, uno de los que reunían mayores riquezas, cuando quería visitar el santuario de Nuestra Señora de la Regia, en Andalucía, iba en carro tirado por bueyes. Ya en el año 1547, según refiere el Obispo de Pamplona, historiador de Carlos V, entró uno en España, siendo la admiración de las ciudades enteras que le consideraban como un monstruo. Luego desde el año 1558 hubo tanta abundancia de coches, que todos los de dos caballos fueron prohibidos por la Ley pública de 1577.—

PANADERÍA

Sd.º Corazón de Jesús

G. Saltquet, 51

COMESTIBLES

Salvador López Parra

Antes

R. J. Romero

Glorieta de San Pedro

FERRETERÍA

LA LLAVE

Venta al por mayor y detall

G. Saltquet, 15-A

Teléfono, 1991

L'UNION

COMPANÍA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS, ACCIDENTES Y RIESGOS DIVERSOS

Subdirección: Martínez Campos, 6

ALMERIA

INCE MANANA

-REPRESENTACIONES-

JUJLE UULUUN

CHOCOLATES de PP. Benedictinos y de S. Luis

ZAPILLO

TELE. 1329

PANADERÍA IMPERIAL

F.º López Hidalgo

Plaza Flores, 9

Panadería San. Cayetano

LOPEZ MANAS

P. Juan Aguilar, 24



ALMERIA. TALLER ESCUELA DE ARTES GRAFICAS. ALMERIA